

PENSIONES, HOSTALES Y ALBERGUES

Puso el Caminante cara de extrañeza cuando le comenté las quejas de algunos peregrinos sobre la deficiente calidad, según sus apreciaciones, de instalaciones y prestaciones en algunos de los Albergues abiertos en el Camino Francés.

Los caminos recorridos por el Caminante se encontraban ausentes de tales instalaciones y para sus pernoctas, nuestro personaje se veía forzado a recurrir a los servicios de hostales, pensiones y establecimientos hoteleros, claramente alejados de los de muchas estrellas y sus lujos.

Animado por mi curiosidad sobre las anécdotas que dichas pernoctas parecían haber ocasionado el Caminante se arrellanó en su butaca se sirvió otro sorbito de orujo, hizo una pausa y comenzó.

Para no correr el riesgo de encontrarme sin cobijo al final de la jornada me veo obligado a reservar, por teléfono, una habitación en locales de los cuales sólo conozco el nombre. Así pues, y en base a experiencias anteriores, piensas, a partir del momento de la reserva, como será el alojamiento contratado.

Con la situación física del establecimiento, inexorablemente se cumple que, a medida que desaparecen las estrellas de calificación del local en cuestión, proporcionalmente menguan la calidad de sus instalaciones y servicios. Trataré de ser concreto y comenzaré por la ubicación del establecimiento de turno.

Escamado por experiencias anteriores, aclaró el Caminante, siempre pregunto si el hostel se encuentra en la localidad, ya sabes aquello de los "municipios y su extensión", pero tampoco estaría de más situar el hotel dentro de la localidad. Debe ser por algún atavismo o maldición bíblica el que el local elegido se encuentre, muy a menudo, en el extremo opuesto de aquel por el cual hemos accedido a la población final de jornada, población cuya extensión también generalmente se alarga en considerable longitud, a la vez que trepa por una más que acentuada pendiente.

Importante, apuntó el Caminante, resulta cuando reservas la habitación insistir, siempre, en la circunstancia de que viajas a pie, pues las indicaciones para poder acceder al local te las darán, siempre, para desplazamientos en vehículo. El que más o el que menos de los pueblos cuenta ahora con rondas de circunvalación. Te evitarás, pues, que al llegar a tu destino después de un largo periplo extraurbano, te digan "¡Ah! venía usted a pie. Haberlo dicho, para llegar hasta aquí había una camino por medio del pueblo más

corto que el que le he indicado".

Ya identificado e inscrito te dan la llave de la habitación y, sin el menor atisbo de compasión, desmadejadamente, te sueltan algo parecido a "habitación trescientos veinticuatro", y añaden, "tercera planta". A tu mirada ansiosa en busca del ascensor la persona encargada de la recepción dice con una falsa sonrisa "no, no tenemos ascensor". Nunca habrás trepado por escaleras tan empinadas. La sierra que has coronado esta tarde es nada comparado con la ascensión por la maldita escalera, pero, como siempre, al final se llega. La luz del pasillo no suele ser muy generosa así que, conseguir que la llave entre en la cerradura suele ser, cuando menos complicado, pero no acaban aquí las sorpresas. La llave no entra porque la cerradura está puesta al revés de lo habitual y no gira por el mismo motivo. Gira en sentido contrario al normal del resto de casi todas las llaves en casi todo el mundo.

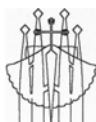
Ya dentro de la habitación la habitual reacción es quitarse la mochila, pasar al baño y solazarte con una buena ducha. ¡Tremendo error! En previsión de un posible cambio de habitación, previamente conviene hacer una inspección mínima de la adjudicada, que siempre me da la impresión ser, la más pequeña, la peor ventilada y la más oscura de todo el establecimiento. Debe esperarse, además, a la noche para que comience el ruido del motor fantasma.

Comencemos pues por las luces. La del techo, ya se sabe, es pobre, mortecina, cenital y si es fluorescente, parpadea. Piensas, no importa, como utilizaré la cutre tulipa que veo sobre la mesilla tendré una luz más agradable. Ni agradable ni desagradable. No funciona. Pero ¡ajo! el hecho de que la luz de la mesilla de noche no funcione no significa que puedas manipularla para intentar que se encienda. El riesgo de electrocución es seguro. ¿Crees de verdad que la instalación eléctrica cuenta con el diferencial de seguridad apropiado?

Conviene hacer un inciso sobre la limpieza. Óbviala, no investigues demasiado, si más no, puedes extender el saco de dormir encima de la cama o dormir vestido. Puedes elegir.

En lo que se refiere a la cama suele darse cuanto menos dos tipos: uno, la flexible. Te sientas y se hunde por el centro. Cabezal y pies se juntan en lo alto de tu cabeza. Y, dos, la rígida. Te has dejado caer sobre ella y has salido rebotado cual si de una cama elástica se tratara. Quedan sin comentar los añadidos, como el *ñac, ñic, ñiac* si es somier o el dramático quejido de los largueros y cabezales de la cama si esta es de madera.

Sobre los colchones tengo catalogados tres tipos. Uno; los antiguos de lana, llenos de bultos y protuberancias que hacen difícil encontrar postura



cómoda para poder descansar. Dos; los duros, una esterilla sobre piedra berroqueña proporcionaría mayor comodidad. Y, tres; los llamados por el fabricante, "anatómicos, que se adaptan al peso y formas del usuario". Pura falacia, matizó el Caminante. Cual si de arenas movedizas se tratara, tu cuerpo se hundiría lentamente en el colchón haciendo que éste y la sábana se adhieran pegajosamente a tu cuerpo.

Sirvió el Caminante otro chupito de su orujo especial, sonrió y continuó. Ya es hora y repitió quedo, ya es hora de pasar al sitio de las emociones fuertes, al cuarto de baño. Aquí encontraremos tres puntos de tensión. La ducha, el inodoro y el lavabo. Comencemos por el segundo. Sucede, a veces, que la colocación del inodoro ha debido ser hecha por algún ser celeste, no necesitado de su utilización, ya que su ubicación entre bañera y pared hace, fisiológicamente imposible, una colocación natural de nuestro cuerpo que permita deshacernos de lo que el mismo no necesita. Un problema añadido al de antes, es el de después. La colocación del papel, no se por que llamado higiénico, suele situarse muy a desmano, totalmente a desmano. Sentado en la taza no es fácil contorsionarse para alcanzar los diferentes diseños de portarrollos, entender su funcionamiento y acceder al susodicho e imprescindible papel.

El lavabo. No cabe duda que, comparándolo con las antiguas jofainas el lavabo resulta un significativo adelanto. Las nuevas generaciones, acostumbradas a las modernas prestaciones de los grifos monomandos nada saben de las emociones que puede proporcionar un lavabo con dos grifos, uno para el agua fría y otro para la caliente. Dejemos de lado que por el grifo de la tapita roja mane agua caliente o fría y de que por el la tapita azul mane agua frío o caliente sin olvidar la posibilidad de que, fría o caliente salga agua de la misma temperatura por ambos grifos. Con el cuenco de la mano recogerás agua fría y caliente, si existen, hasta conseguir una temperatura aplicable a la cara sin peligro de escaldamiento. Son necesarios varios intentos hasta conseguirlo. Al final, en la pileta del lavabo, quedará un agua blanquecina resultado de la mezcla del jabón con nuestra aportada suciedad volviendo así, por un momento, a las prestaciones de la antigua jofaina.

Pasemos ahora a la ducha. A veces se encuentran situadas en resbaladizas bañeras o formando una especie de angosto nicho vertical en el que es tremendamente fácil despellejarte los codos con sus angostas paredes. Bañera o nicho, aquí con los grifos, generalmente, se repiten los albrures experimentados en el lavabo. Abres el grifo y tras larga espera, piensas que justificada debido a la considerable distancia entre instalación y grifo de tapita roja caes en la cuenta de que posiblemente, en el de la tapita roja, hayan conectado la llegada del agua fría.

Una vez acertado con el, quien es quien de los grifos de la ducha y lograda la temperatura adecuada es importantísimo no recrearse en las suertes de enjabonamiento y aclarado. Dejemos para después las delicias de una permanencia bajo, la por fin, conseguida óptima temperatura del agua y realizaremos con presteza ambas operaciones. De no hacerlo así puede que te encuentres con la desagradable sensación de tener que aclarar tu enjabonado cuerpo con una vigorosa, estimulante y fría agua. Está claro, la instalación es de calentador de no se cuantos litros y por lo experimentado, de muy pocos.

Y que decir de las cortinas de las duchas. Existen diseños muy audaces al respecto. Uno de ellos es aquel en que la cortina cuelga de unas varillas, especie de paraguas, descendiendo casi pegada a tu cuerpo. En cuanto el grifo se abre y el agua comienza a caer, crea en el aire una especie de corriente que hace de la cortina de plástico una especie de planta carnívora, fría y húmeda, que se pega al cuerpo sintiendo la sensación de que vas a ser devorado por la supuesta planta. Eso si, la altura de la cortina jamás llegará al suelo por lo que la inundación del habitáculo está asegurada. ¡Ah! Se me olvidaba, dijo el Caminante, cuando creí haberlo visto todo, un día, al pasar a la fase de aclarado pude comprobar, estupefacto, que el flexo del teléfono de la ducha, de reducida medida, no llegaba a la altura de mi cabeza. Por tanto, en genuflexa y orante postura acabe de quitarme la espuma de jabón de encima.

Bueno, continuó el Caminante, por fin es de día. Has superado las pruebas del colchón, los ruidos de la cama, el motor fantasma, la luz parpadeante del techo que, finalmente, resultó imposible de apagar y te enfrentas de nuevo al lavabo, su espejo y su iluminación.

Aquí parece repetirse la actuación de seres extrahumanos para el diseño y colocación de espejo y luces. Se supone que hace ya tiempo la media de altura de los españolitos ha dejado de ser el metro y medio de antaño, pues no. Tu figura en el espejo puede quedar reducida, como mucho, a la altura del pecho. Hombros y rostro quedan fuera de la imagen reflejada. Al final, agachándote de forma incómoda te atisbas en el espejo, y digo te atisbas puesto que el remedo de luz colocado, como es lógico por el diseñador, encima del menguado espejo, el afeitado se hace, no a la vista, si no, al palpeo.

Al marchar, debes pagar. Nunca he llegado a saber, dijo el Caminante, si el precio pagado ha sido por el alquiler circunstancial de las precarias instalaciones hoteleras, que dicho de paso, no se quien inspecciona y controla o, que el importe abonado se deba al pago por la impartición de un cursillo acelerado de supervivencia en condiciones extremas.

El amigo del Caminante

